



Josep Pla

La ceniza de la vida

Narraciones 1949-1967

Edición de Jordi Cornudella



La ceniza de la vida

Narraciones 1949-1967

Josep Pla

Edición de Jordi Cornudella

Ediciones Destino
Colección Destino Clásicos
Volumen 26

© Herederos de Josep Pla, 1981

© de la traducción del catalán de los relatos de *El cuaderno gris*, herederos de Dionisio Ridruejo y Gloria de Ros, 1975

© de la traducción del catalán de «Un viaje frustrado» y «Uno de Begur»

(en *Cinco historias del mar*) y de los relatos de *La vida amarga*, Josep Daurella

© de la traducción del catalán del relato «Pan y Uvas» (en *Historias del Ampurdán*), Zoe Godoy Hermosilla

© de la traducción del catalán del relato «Contrabando», Josep M. Espinàs

© de la Justificación y las Procedencias y biografías de los textos, Jordi Cornudella

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: noviembre de 2021

ISBN: 978-84-233-6043-7

Depósito legal: B. 15.417-2021

Composición: Moelmo, S.C.P.

Impresión y encuadernación: Rotoprint, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Historia de Gervasi

Los núcleos de la política del Empordà han sido siempre las tabernas. Hay tabernas antiguas, que en tiempos de elecciones se convierten en clubes, sobre todo si las votaciones coinciden con la llegada del vino nuevo. Entonces se mezcla la libación consciente y organizada con la dialéctica, que la administración de la cosa pública ha provocado eternamente. En estas tabernas hay un punto de confluencia muy curioso entre la broma oriental que colea por las sotabarbas de los bocoyes y las doctrinas políticas austeras y glaciales, aunque estas doctrinas se presenten, en estos establecimientos, con un aire chapucero y primario.

Estas tabernas no varían. Antes se alternaban *La Marsellesa* y el *Vals de las olas*. Ahora se cantan *La Internacional* y el cuplé. La gente es siempre igual. Son las canciones las que pasan.

La taberna de Gervasi es muy importante y, si bien ha tenido épocas de mayor o menor renombre político, no hay otra en Palafrugell, que por lo que se refiere a la libación, se le pueda comparar.

Si tuviésemos que hacer la historia de la taberna de Gervasi, tendríamos que presentar la historia de nuestra querida villa natal. Esta historia sería curiosa porque, además de ser muy corta, tendría la particularidad de no contener ni hechos gloriosos ni personajes de fama y de renombre. Sospecho que esta falta de tradición brillante entristecería a mucha gente. A mí me encanta haber nacido en un pueblo que no ha producido ningún redentor ni ningún coleccionis-

ta de sensaciones raras, ni ningún predicador estentóreo. Esto me da una sensación de ligereza y de libertad.

Palafrugell, antiguamente, era un pueblo muy pequeño, amurallado. La gente vivía de la agricultura. La taberna tocaba a la torre del ángulo sudeste de la muralla. Delante de la taberna había un olivar. Los parroquianos de la casa eran, sobre todo, gente de los alrededores. Los días de mercado y los domingos por la tarde se llenaba de gente, se bebía, se hacían tratos y, si convenía, se cantaba entre una rodaja de lubina y un ala de pollo.

Cuando vino la invasión de la gente de los contornos y de los forasteros, el pequeño pueblo se descortezó como una granada madura, se extendió por los cuatro costados y la taberna de Gervasi quedó en el centro de la población. Esta circunstancia le dio todavía más nombre. La gente de las afueras continuó frecuentándola los domingos y la gente del pueblo todos los días, sobre todo los lunes. En estos días había cocina a base de caracoles, de *niu*, de estofado y de arenques. Los arenques —comida de pobre— se comían en la tostada con aceite y vinagre. La taberna se llenaba de humo, el arenque brillaba como un trozo de oro sobre el pan tostado, el vinillo manaba de las botas, rosado y espirituoso. La taberna hervía hasta morir la tarde, cuando la luz se fundía, desmayada, sobre las tierras del lado del mar.

Con el tiempo llegó también el urbanismo, la manía de hacer calles derechas y convertir el pueblo en cuadrículas uniformes. De las antiguas murallas quedaba la torre del ángulo sudeste, que era redonda, alta y esbelta como una mujer bien casada. La torre, sin embargo, la tiraron abajo para hacer más recta una calle y esto fue la muerte del viejo establecimiento. Con ella desapareció uno de los rincones más concurridos del pueblo, sobre todo en invierno, ya que la torre, al unirse con el lienzo de pared de la muralla, formaba una especie de concavidad que era muy abrigada. Cuando soplabla la tramontana, los gandules del pueblo se reunían a charlar al resguardo de la torre. Se formaba una especie de cónclave de vagos y de cínicos, y algunas veces se refugiaba allí algún vendedor ambulante que iba de pueblo en pueblo, algún paraguero, de estos que llevan una caja de madera y una olla en la mano que gotea un jugo negro todo

a lo largo de la carretera por donde van pasando. Estos personajes dejaban lo poco que tenían en la taberna y, entre ellos, Gervasi tenía una consideración incuestionable.

Gervasi tenía una cincuentena de años cuando la torre fue demolida. Era un hombre alto, fuerte, cejiespeso, de color sano y con una cara de nobleza que imponía. La desaparición de la taberna antigua, con sus mesas y bancos corridos, sus grandes barriles alineados en las paredes y el techo de campana, el mostrador con una espita y cuatro botellas y porrones de mala muerte y la gran chimenea al fondo, le produjo una tristeza alternada con momentos de indignación y de rabia. No pudo acabar de tragárselo. Asistió a la adaptación del establecimiento a la época nueva con una displicencia que disimulaba, apenas, una irreductibilidad total. En la taberna nueva pusieron sillas, mostrador de piedra imitando mármol, grifo acaracolado y pileta. Le desesperó. Para más desgracia, la clientela vieja dejó de ir y fue sustituida por gente menestral y desleída, que los domingos llevaba cuello y corbata.

—Entre unos y otros han matado la taberna —dijo Gervasi a su mujer, que era una mujer pequeña, con una nariz como una avellana y los ojos un poco lacrimosos.

—Hay que cambiar, los tiempos son otros... —dijo alguien que escuchaba.

—¿Cambiar? ¿Cambiar qué? ¿Qué es lo que hay que cambiar?

Y Gervasi, en un momento de tradicionalismo exaltado, gritó:

—¡No podéis andar de burros que sois...! ¿Qué es lo que cambia? Yo me voy, me han chafado la guitarra, me muero de tristeza...

La familia tenía una barraca y un trozo de tierra lleno de piedras en lo alto de una de las crestas de la costa. La tierra había tenido viña pero la filoxera se la había comido. La barraca se caía, el pozo estaba lleno de piedras; Gervasi se fue a vivir allá arriba.

Arregló un poco el tugurio, limpió el pozo y comenzó a trabajar la tierra para plantar otra vez la viña. Con las piedras, hizo paredes secas y muretes en los declives y empezó a plantar cepas. Compró una escopeta vieja, se le presentó un perro medio muerto que nadie quería y, para entretenerlo, iba a veces a tirar unos escopetazos. De-

trás de la barraca, puso cuatro o cinco colmenas. Cuando llovía, Gervasi cogía una linterna de hojalata y un paraguas familiar y salía hacia los barrancos a coger caracoles.

En el trabajo de plantar la viña, lo ayudó algún personaje del gremio de los vagos. El forastero dormía en la barraca, comía lo que podía y, si le daba la gana, trabajaba un rato. Poco a poco, la viña fue ganando terreno y al cabo de unos cuantos años el vino de la viña de Gervasi tuvo una gran fama en todos los contornos. La viña, realmente, producía poco, la tierra era dura de pelar, pero lo que salía era de una gran calidad.

La viña daba gusto verla. En los atardeceres de verano, Gervasi salía al portal, se sentaba sobre una piedra que le servía para hacer el picadillo de ajo; el perro, que era muy viejo, se tumbaba a sus pies meneando la cola y el hombre daba una ojeada a su obra y al paisaje. Desde la cresta se contemplaba una gran amplitud de mar y se veían las barcas, como cáscaras de nuez. Por la parte de tierra se veían el Pirineo y el Canigó y, mucho más cerca, el campanario y las casas del pueblo y una gran extensión de tierras de cultivo. En primer término había unas viñas, unos sembrados, unos campos de alfalfa. Los pinos y los olivos estilizaban un poco, aligeraban, la humanidad imponente del paisaje.

Al ponerse el sol, Gervasi cogía un rosado y enorme caracol de mar y desde los cuatro puntos cardinales soplabla por el agujero del cuerno. Hacía un ruido considerable. Los carrillos se le hinchaban. Esto lo hacía al salir el sol, al ponerse y al mediodía. Como Gervasi estableció esta costumbre desde el primer momento de su llegada, la continuidad creó ya una tradición. Los primeros días la gente creyó que aquello de tocar el cuerno era una pura broma. Después la gente empezó a hacerle caso y hoy el cuerno de Gervasi es una institución, a la cual la gente se ha adaptado perfectamente —ha adaptado sobre todo el trabajo—. Aquellos ruidos oscuros y graves son el cronómetro de aquellos parajes.

Decir, sin embargo, que son un cronómetro es quizá exagerado, sobre todo dada la precisión de esta palabra. La salida del sol es anunciada no en el momento exacto de aparecer sobre el mar, sino en el

momento en que es visto por los ojos de Gervasi. En la puesta del sol pasa lo mismo. Si el día está cerrado, turbio o alguna nube importante, juzgada por Gervasi consistente, se interpone entre la salida o la puesta exacta y la visión que tiene de ellas, el fenómeno es anunciado con el retraso o adelanto natural.

Un día, el santero de Sant Sebastià le dijo:

—El miércoles te anticipaste...

—No seas tan escrupuloso —le contestó muy serio Gervasi—. No se puede estar en todo. Cuando se pone el sol y yo lo señalo, ya puedes apostarte lo que quieras. No vuelve a levantarse.

También tuvo que hacer frente a algunas críticas provenientes de personas poseedoras de relojes, muy quisquillosas. Cuando le dijeron que no tocaba nunca las doce en punto y que a veces los minutos se le pasaban de rosca, contestó:

—¡Que quede bien entendido! Yo no toco las doce en punto. ¿Qué quiere decir las doce en punto? ¡Todos parecen contables! Yo toco la hora de comer y yo como a las doce, ¿comprenden? Tienen una manera tan nueva de hacer las cosas que pronto me volverían loco...

La verdad es que la gente, hoy, no sabría prescindir del cuerno de Gervasi; sus rugidos forman parte del ritmo de la tierra y, el día que el caracol se apague y Gervasi se muera, todo el mundo pensará que, a aquella soledad, le falta algo.

Las naves que pasan por estos mares conocen también los toques de cuerno y hay jabeques y bergantines que siempre que se encuentran a la altura de la viña saludan con la bandera. La primera vez que esto pasó, el corazón de Gervasi se llenó de alegría y su cabeza de ilusiones. Aquel día Gervasi tuvo el caracol en la boca más de dos horas y tocó una verdadera sinfonía, hasta que el bergantín se perdió en el horizonte. Sopló tanto que tuvo que irse a la cama con el pecho roto y la cabeza como un timbal.

Aquel día la gente de tierra adentro creyó que Gervasi anunciaba el fin del mundo.

Eternidad

Pere Brincs llega a la barraca de la viña con el sol alto. Abre la puerta de par en par y, mientras cuelga el zurrón de un clavo y deja el bastón detrás de la puerta, bate palmas.

Salen cuatro gallinas alborotadas, hay un gran batiburrillo de alas ante el sol, una pelusa de pluma se le queda colgada del bigote.

—Pitas, pitas, pitas...

Pere Brincs tiene cuatro gallinas en la viña por aquello de darle color.

Como las mañanas son frescas, en cuanto llega enciende un fuego en el hogar de la barraca. En verano lo hace al pie de la puerta, en la sombra. Mientras se tuesta el pan y se dora el arenque, enciende un cigarrillo. Después, sentado en el poyo de la entrada, come la tostada aliñada con aceite y vinagre, frotada con un diente de ajo. La rebanada de pan tiene un color suntuoso; parece un trozo de casulla de cardenal teñida por un sol moribundo. Hay casullas muy importantes. La tostada está un poco salada y convida a beber. Después de comer, se carga de vinazo.

Bien servido, con el almocafre en mano, da la vuelta a la viña. Cada día, a esa hora, se hace la misma pregunta: ¿por dónde empezarás? Da la vuelta al terreno lentamente, como un perro que gira ante un plato. A veces mira la viña de reajo, queriendo decir:

—Me haces tan poca gracia...

La viña está en la vertiente de mediodía del cabo de Begur sobre Fornells. Arriba del todo, en la tierra más escuálida, hay unos oliva-

res viejos, llenos de remiendos, una higuera muy dura de arrancar y seis o siete pinos de sombra. En la higuera se posa, a veces, una oropéndola de un amarillo desesperado. Es una tierra que parece hecha expresamente para que las perdices se paseen con petulancia. Hacia la mitad está el pozo, con dos pilastras y una rama de pino haciendo arco, y la pila, azul, para preparar el sulfato. En la parte baja, la viña da a la senda de los carabineros. La senda es una cinta blanca que traza unas revueltas dulces sobre el acantilado que da al mar. Pasando por allí se sienten el hedor del alga y del hinojo marino. Los días de mal tiempo la salpicadura del agua abrasa la primera fila de las cepas alineadas.

La viña está a solano todo el año. Al atardecer toma un color tostado que parece que, pasando entre cepa y cepa, la tierra debería crujir como cuando uno pisa mendrugos de pan. Vista desde el mar es como un rescoldo quieto de fuego y de ceniza, con la llama del sulfato del pozo y de la alberca. Desde la barraca se ve el mar, con las embarcaciones y la gracia antigua de las velas que transitan; toda la bahía de Fornells, con el cuerno de las Falugues a la derecha y el cabo de Begur a la izquierda. Las Falugues son unas montañas de color de cuello de tórtola sobre el cual las rocas parecen haberse oxidado y enmohecido. También se ve el caserío de Fornells, lleno de claridad, blanco, amarillo y rosado, la playa de Aiguablava, de una finura sombría, los caracoles de espuma de mar sobre las rocas y las otras viñas, pinedas y olivares de la vertiente dulce y soleada.

... Y a fin de cuentas, todavía el trabajo de cavar y quitar hierbas es el que le gusta más. Para el de sulfatar hay que andar demasiado. Podar o injertar produce sueño, y no es demasiado agradable despertarse con una piedra en la espalda y un sarmiento en un agujero de la nariz. Pere Brincs, que más bien es alto y rojo de cara, parece, de lejos, encorvado como una perdiz picoteando el grano.

¿Quién podría decir lo que puede trabajar seguido y sin descanso? Quizá no puede trabajar más de una hora. Cuando le parece que ya es bastante, se endereza, se pasa la mano por la frente, mira al sol y deja caer la sentencia:

—Chicos, esto hay que mojarlo...

Eternidad

En cuanto llega a la barraca, descuelga la calabaza, gradúa el brocal y hace saltar un buche de vino en la lengua. Después, paso a paso, vuelve al trabajo. Mientras va, se agacha aquí, se para allá, arranca una hierba o un poco de broza, coge un hinojo, tira una piedra, endereza una cepa, sacude un gusano verde de un pámpano.

Pronto es ya mediodía. En verano saca del pozo un cubo de agua para poner el vino al fresco; en invierno se pasa media hora reavivando un tronco al rescoldo del fuego. Sopla la brasa y el fuego le enrojece la mejilla. Extiende la servilleta, tuesta el pan, come la cola del pescado o roe el hueso de la chuleta. Después pizca el redrojo de un racimo, saborea las pasas o rompe cuatro nueces.

—Lo mejor que puedes hacer —dice después— es irte a dormir un poco...

Si hace calor, se tumba bajo el rumor profundo y fino, como una caricia, de los pinos. Desde la sombra se ve el mar blanco, enjabonado, perezoso. El horizonte es azul y fresco. Una gaviota pasa jadeando lentamente. El paisaje tiene una inmovilidad antigua, benigna y paternal. Si se oye un grito, el viento se lo lleva dulcemente. Se siente pasar el tiempo de una manera suave, como un chorrillo de aceite.

Si el sol es solo tibio, se arrebujá, abrigado con la manta, en un hoyo lleno de las malezas que tiene la viña a media altura. A veces se nota aún el calor de la liebre. Se encoge como un gusano. Toda la serenidad del cielo le entra por los ojos y ve el aire maravilloso como en enjambre de abejas doradas. Cierra los ojos poco a poco, notando aún el sabor amargo de la nuez en los labios y el calor de la tierra en los huesos. Se duerme con el sonsonete del estribillo de una canción:

Els de Banyuls i els de la Roca
a festa major van anar...¹

Si sueña, es con la juventud. Sobre todo los domingos cuando con los amigos iba a la viña de comilona y de parranda. Por la mañana, los que eran cazadores, formaban una jauría e iban a tirar cuatro tiros y

1. «Los de Banyuls y los de la Roca / fueron a la fiesta mayor...».

a hacer ruido con los perros. Volvían con tres cuartos de conejo o una perdiz. Los que eran marineros cogían medio cuartillo de mejillones o echaban la red para la morralla. Se hacían unos arroces succulentos y majestuosos —arroces con las cáscaras del marisco a ras de fuente—. Se escuchaba con recogimiento lleno de fervor la musiquilla del sofrito haciendo el chiu-chiu dentro de la cazuela, y las burbujas finales se esperaban con temblor en el estómago. Las canciones no se acababan nunca. Regresaban con la mano aterida de hormigueos, la boca pastosa, la cabeza espesa y turbia y la carne endulzada. El olor de romero lo aclaraba un poco todo, pero hacía pensar en los muslos de las chicas y en el terciopelo de sus mejillas...

Un día Pere Brincs apareció en la viña con una escopeta grande de pistón al brazo. Un perdiguero melancólico, viejo y mustio, lo seguía. Cuando el perro veía una mariposa o un saltamontes, se paraba en seco y miraba de reojo a su amo. Después, olía, se sacudía las orejas de un cabezazo, daba un brinco para coger la bestezuela. Las piernas, sin embargo, le fallaban. Caía a menudo de espaldas y se ponía a gemir. Después, con los ojos perdidos y húmedos, seguía el vuelo de la mariposa y reemprendía la marcha, mortecino, cojeando.

Aparentemente, Pere Brincs se armó y mantuvo el perro para ir de caza; en realidad, sin embargo, compró la escopeta para dar miedo a los carabineros que le birlaban las uvas. El perro servía para cubrir el expediente. La caza no estaba hecha para él, le gustaba demasiado ir sobre seguro y el humo de la pólvora no le decía nada. Cuando los carabineros se enteraron, no se acercaron más a la viña. Esto lo entristeció.

—Y ahora, ¿de qué me servirá la escopeta? —dijo preocupado.

La guardaba en un rincón de la barraca, arriba, bien limpia, con la canana llena al lado. Cansado de verla tan bien colgada, decidió correr la voz para venderla y, mientras tanto, se encaró con el perro para desprenderse de él. Como sentía un cierto afecto por el animal, dudaba. Lo encontró tumbado bajo la higuera, amodorrado y vagaroso, con el ojo perdido tras del vuelo de una mosca.

—A este perro —dijo— parece que le deban y no le paguen.

«¡Pobrecito, tan viejo y triste!», pensó por otro lado.

Dijo un apesadumbrado «¿Qué haremos, Lleó?» que era una verdadera manifestación de su estado de ánimo dubitativo e indeterminado. Lleó, sin moverse, lo miró de arriba abajo, contrajo un poco el hocico, volvió a adormecerse y a la hora de marcharse fue siguiendo a su amo.

Todo el camino fue una pelea entre el egoísmo y la compasión. Ora lo miraba de reojo; ora le echaba una mirada de enternecimiento. Tan pronto se decía: «Este perro no te gusta nada», como un «pobre Lleó» desolado. El perro seguía su camino sin hacer caso de nada, resignado, ausente. Un momento el mal humor le arrastró y dijo con los dientes apretados, aunque un poco rojo de vergüenza:

—Lleó, eres una mala bestia; tendré que hacerte huir a pedradas.

Cuando llegaron al cruce de caminos, el perro se paró súbitamente, a cuatro pasos del amo. Lo miró, hizo con la cabeza y los ojos una pequeña reverencia y tomó el camino de la izquierda. Brincs tenía que tomar el otro. El corazón le dio un salto... Vio cómo se alejaba, tris-tras, tris-tras, camino abajo. Se le escapó un grito de la boca: «¡Lleó!». El perro, sin volverse, continuó caminando. Y no lo vio nunca más.

El hecho lo abatió.

—¡Pobre Lleó, quién sabe dónde estará! —decía pasándose la mano por el cogote.

Todas estas escenas lamentables lo pusieron un poco ante sí mismo; y entre esto, las uvas birladas, la compra de la escopeta y todo junto, le entró una rabia furiosa contra los carabineros. No los había podido ver nunca; ahora lo sacaban de quicio. El odio se le agudizó cuando le dijo un bromista, en la barbería, que si no hubiese carabineros no habría contrabando. A veces, desde la puerta de la barraca, veía subir a uno, cuesta arriba, con el arma y la capa, buscando caracoles o espárragos. No se podía aguantar. Hacía la bocina con las manos.

—¡Mal n...! —gritaba desesperado.

El grito se perdía dulcemente por el mar y los pinares. Aún no había terminado de gritar cuando ya tenía una pizca de miedo en el corazón. Pero otra bocanada de fuerza le subía a la cabeza y volvía

a gritar, reculando con un poco de temblor en las rodillas. Y así, gritando y reculando, acababa por cerrarse dentro de la barraca.

—¡Valdría más que no te salieras de madre! —se decía acercándose a la ventana para ver lo que pasaba.

El carabinero ¡quién sabe dónde estaba!

Los días de lluvia se resguardaba. Hacía un buen fuego de sarmientos y con unas cartas pringosas hacía solitarios medio dormido. De tanto en tanto, con el paraguas, salía afuera. Miraba el tiempo y, mientras lo comentaba, daba la vuelta a la casa. La chimenea humeaba a los cuatro vientos. Las ráfagas, la espiral de humo, dentro de la cual las gotas de lluvia lucían como trozos de vidrio, lo dejaban boquiabierto.

Después, al atardecer, se calzaba los zuecos, cerraba la barraca —las gallinas estaban ya recogidas— y emprendía la cuesta bajo el gran paraguas, sobre el cual los goterones de los árboles rebotaban estentóreamente.

Mientras subía, la imaginación se lo llevaba a menudo. Era la hora del qué haremos y del qué diremos. Hacía castillos en el aire y la viña le parecía más ancha y más larga. Otras veces tomaba un aire de desganado y nada le gustaba. Los pinos mojados eran de un verde oscuro, las aliagas chorreaban, la tierra olía a muerto.

En lo alto del collado, reposaba, sentado en una piedra. Se veía todo el panorama entre dos luces y se lo veía a él sentarse como una sombra. Después reemprendía la marcha. Un día se levantó de la peña, se oyó un suspiro y salió, sobre el mar, una luna como un queso.